

## ANA HUNTINGTON, ESCULTORA

Los Huntington fueron entrañablemente amigos de España: la Hispanic Society of America, de Nueva York, es la fundación creada por Archer Milton Huntington, a la que se dedicó fervorosa y entusiásticamente durante su vida y que, después de su muerte —en 1955— continúa despertando el respeto y la admiración hacia todo lo hispánico, perpetuando el recuerdo de España en América.

Los Huntington —Archer Milton y Ana Hyatt, su segunda esposa—, poeta él, escultora ella, fueron un matrimonio de ilustres hispanistas. Casi veinte años después del fallecimiento del poeta —11 de diciembre de 1955— ha muerto la escultora —el 5 de octubre de 1973—, a los noventa y siete años de edad, en su casa de Redding (Estados Unidos).

Archer Milton Huntington, con vehemencia y ternura, quiso enseñar a los norteamericanos la riqueza del alma española. Fue la suya una gesta espiritual inversa a la de Cristóbal Colón: Huntington descubrió una España ignorada, conquistando un mundo desconocido para América.

Archer Huntington, que había contraído matrimonio en Londres, en 1895, con su prima Helen Manchester Gales, poetisa también y novelista, contrajo segundas nupcias en 1923, con la ya famosa escultora Ana Vaughn Hyatt, el día 10 de marzo, en cuya fecha cumplían años ambos cónyuges: él cincuenta y tres y ella cuarenta y siete.

Dos años antes, cuando en 1921 la Hispanic Society organizó actos conmemorativos del centenario del nacimiento de Bartolomé Mitre, a quien Huntington había conocido en uno de sus viajes a Buenos Aires y por el que sentía una gran admiración, fue encargado a Ana Hyatt, totalmente ajena entonces a la institución fundada por el que luego sería su marido, el dibujo de la medalla Mitre, creada para recompensar a los más destacados cultivadores de las letras y de las artes hispanoamericanas.

Ana Huntington, contagiada de la hispanofilia de su esposo —aunque hemos de confesar que precisamente su conocimiento y amistad fue debido a la afición de ella por todo lo español, punto en el que ambos coincidían—, llevó a la práctica la idea del poeta, realizando una serie de esculturas para la entrada y las terrazas de la Hispanic Society, y después de cincelar la estatua ecuestre de nuestro héroe medieval Rodrigo Díaz de Vivar, regaló la estatua de *El Cid* a la ciudad de Sevilla, haciendo colocar la primera réplica de ella en la terraza inferior de la Sociedad Hispánica de América. Otra de las copias de dicha estatua ecuestre la regaló la ilustre artista norteamericana a Valencia. Nos referimos a la que

actualmente está situada en la Gran Vía de Ramón y Cajal, en el centro de la plaza de España.

La dinámica escultora realizó dos altorrelieves esculpiendo en piedra a don Quijote y a Boabdil en los muros de la terraza de la Hispanic Society.

También Archer Milton dedicó a don Quijote alguno de sus versos:

Shall deeds of Caesar or Napoleon ring  
More true than Don Quijote's vapouring?  
Hath winged Pegasus more nobly trod  
Than Rocinante stumbling up to God?

Ana Hyatt Huntington esculpió el grupo *Los Visionarios*, en cuya obra quiso simbolizar, en su persona y en la de su esposo, a los espíritus fuertemente idealistas. Se conserva dicha obra en el Brookgreen Gardens.

La escultora prefirió vivir en el campo para poder estar cerca de los animales, que eran sus modelos preferidos; las de ellos son, acaso, sus mejores esculturas. Una de las aficiones de la señora Huntington era el adiestramiento de sabuesos escoceses, a lo que solía dedicar los ratos en que descansaba del cincel.

En 1929 los Huntington vinieron de nuevo a España, anudando con mayor fuerza los lazos amistosos que los unían a ella. Visitaron Madrid y Sevilla, regalando a esta última dos pinturas de Valdés Leal. La ciudad del Guadalquivir los nombró hijos adoptivos en prueba de agradecimiento por sus continuadas atenciones, ya que, como dijimos, con anterioridad habían donado a Sevilla una estatua ecuestre del Cid.

El grupo escultórico *Portadores de la antorcha*, que se yergue en los jardines de la ciudad universitaria madrileña desde 1955, también obra de Ana Huntington, fue donado para tal fin por el espléndido matrimonio.

En Valencia, en el paseo al Mar, tenemos una copia de esta escultura, es la *Antorcha olímpica*, que se levanta en medio de nuestras Facultades universitarias, donación a la ciudad de Valencia, como la antedicha estatua ecuestre del Cid.

La valía artística de la ilustre escultora norteamericana queda patente en su obra. Aborda en ella todos los géneros: retratos de busto, monumentos, composiciones, esculturas legendarias e históricas, esculturas animalísticas e incluso grabado de medallas.

Su obra no sólo es importante numérica y estéticamente, sino que podemos conceptualarla creadora de un método naturalista que podríamos definirlo quizás como un naturalismo escrupuloso, con el que da



un sello especial a sus esculturas; apenas ornamenta sus monumentos, sino que busca captar a la naturaleza tal cual es.

Las esculturas de Ana Hyatt Huntington son, a veces, literatura, poesía hecha piedra. Mientras que los versos de Archer Milton Huntington, duros y fríos, pero cincelados con maestría, sin hojarasca, en ocasiones parece que adquieren perfiles, formas y dimensiones; podríamos decir que esculpe las palabras. El matrimonio Huntington estaba plenamente identificado.

Para la escultora americana la naturaleza es una materia a trabajar. Su producción animalística, numerosa y espléndida, se ha dicho que parece un himno fervoroso en honor del Creador. Abandonados al instinto, los seres irracionales, cruzando el aire con sus alas, corriendo entre los árboles, atravesando el desierto o respirando debajo del agua, por la exacta captación de sus formas, resultan elocuentes. Sus esculturas son reales, sugestivas y, a la vez, sugeridoras.

Los temas resultan variados porque las actitudes cambian y las combina hasta el infinito; por eso dan la sensación de una movilidad incesante, en lo que reside uno de los mayores atractivos de su obra. Observa escrupulosamente los menores detalles y no desprecia ninguno. Esta es la clave de su personal manera de hacer. Su inspiración y su estudio profundo crean una serie numerosa de producciones objetivamente perfectas.

Ana Huntington es una artista de lenguaje sencillo: su obra es para todos, aunque posee una gran riqueza intelectual en su estética y una musicalidad escultural profundamente pensada y sentida. A veces, intensifica y exterioriza el movimiento de fondo en sus grupos escultóricos, pero sus obras nunca son un drama.

Hija de un profesor de Paleontología y Zoología, Ana Huntington heredó de su padre el amor y el conocimiento de los animales. Para ella los seres irracionales no son sólo formas diversas de la vida animada, tienen un encanto, y toda formación estética no es bastante; por eso la inquieta artista no cesa de perfeccionarse, alcanzando una maestría admirable e indiscutible en su difícil oficio; pero ella no desea sólo una aventura artística, sino una profesionalidad, escalar un primer puesto. Y lo consigue.

Una de las figuras que más veces traslada a la piedra es la del caballo, logrando una gama perfecta de expresiones en su variedad y en su calidad. Lo mismo al captar la imagen del caballo viejo, encabritado o en marcial cabalgadura, que la del jumento o la del potro en libertad, y lo logra con tal verdad de movimientos que consigue transmitir su emoción creativa a quien lo contempla.

Citemos el *Rocinante* de su *Don Quijote*, que humilla la cabeza; caracoleando de impaciencia el caballo de *El Cid*, escultura de la que, además de las ya citadas de Sevilla, Valencia y la de la Hispanic Society of America, en Nueva York, existen réplicas

en La Habana, en el Balboa Park de San Diego, en el palacio de la Legión de Honor de San Francisco, en Buenos Aires y en el Brookgreen Gardens.

Otro caballo, éste caminando al paso y con la cabeza levantada, es el que monta *Boabdil volviéndose hacia Granada*, y que se conserva en la Sociedad de la que son fundadores los Huntington. Bonito, desafiante, avasallador es el caballo que conduce a Juana de Arco, cuya obra escultórica se exhibe en Blois (Francia) y de la que hay copias en San Francisco, Nueva York, Pittsburgh, Dallas y Quebec.

Pero quizás la figura de caballo que más entusiasmos provoca en la obra de la escultora americana sea la del monumento a su suegro, Collis P. Huntington, en Virginia, que, casi sentado sobre los cuartos traseros, se levanta encabritado, espumeante, arqueado el cuello, dispuesto a saltar cualquier obstáculo.

En su serie de portadores de antorchas existen distintos caballos en diversas posturas.

El de *Lady Godiva*, en la Art Association de Southbend, Indiana, es el menos ambicioso de sus équidos; los más erizados y confusos, probablemente los del grupo *Todas las bridas en mi mano*, en el Montgomery Museum of Fine Arts, pero de una riqueza de inspiración poco común y un ambicioso y logrado proyecto. Los más deliciosos caballos, personalísimos, de un contorsionismo barroco, de una imprecisión a veces casi impresionista, son *Los caballos blancos del mar*, que no es sino un oleaje oceánico cuya espuma, al levantarse encrespada, se riza formando un grupo de caballos desbocados que avanzan peligrosamente hacia la tierra. Se conserva esta obra soberbia en el Bowdoin College, en el Toledo Museum, Ohio.

Ana Huntington esculpió también centauros, que, según Homero, era un pueblo salvaje que se escondía en las montañas de la Tesalia y dominaba al país con su ferocidad.

La dificultad de composición del centauro es evidente: no existe un modelo exacto. Pero Ana Hyatt Huntington resolvió la dificultad con éxito al esculpir una figura que, en su mitad caballo, tiene las proporciones exactas de un caballo, y, en el torso humano, las proporciones naturales del hombre, logrando así no un ser monstruoso, sino una obra de extraordinario buen gusto, como la del *Centauro Cheiron* y el *Centauro mujer*, ambos en el Brookgreen Gardens; los *Centauros luchando* o el deliciosamente ingenuo *Niño Centauro*, que lloriquea restregándose los ojos, que se conservan en el Wadsworth Atheneum de Hartford.

En el arte moderno, la señora Huntington es la primera artista que ha representado la raza de los centauros en todos los aspectos posibles —centauros guerreros, mujer y niño—: jugando, luchando, amorosos, vida ruda en pleno dinamismo. En sus esculturas nos recuerda a la vez que los centauros eran campeones de tiro con flecha, y les da aspecto de



arrojados guerreros y hombres capaces de sentir ternura y amor, porque tienen sus mujeres y sus hijos.

Lo cierto es que la admirable escultora americana, recientemente fallecida, tiene en su obra, ancha y profunda a un tiempo, tanto de ella misma como de la vida real. Esculpir es para ella una necesidad: ha sabido ver lo que otros han creído ver. Conoce perfecta, indubitativamente, la anatomía de los animales, reproduciendo casi todas las especies.

Otras de sus obras son la serie de osos polares. Entre ellos, *Grupo de osos*, en el Collis P. Huntington Park, de Redding, en actitudes desconocidas para nosotros: el oso, en pie, rodeado de sus crías. También los de la Hispanic Society, de Brookgreen Gardens, del Hospital of the Medical College of Virginia, donde dos osos retozan mientras otro sostiene amorosamente a su cría.

Ana Huntington individualiza las formas, no esculpe razas ni especies, sino que particulariza, buscando expresiones peculiares que no se repiten en una bestia y en otra, estudiando todas las expresiones posibles.

La fisonomía de los pájaros es de difícil diferenciación, pero nuestra artista, antes de retratar a los animales, realiza un detenido y profundo análisis de ellos y, al ejecutarlos, posee un caudal de observaciones y experiencias, con el que consigue reproducir con fidelidad sus formas, sus expresiones y sus actitudes.

El hombre es más constructivo que observador; la eximia artista, mujer al fin, es sumamente observadora, pero no deja de ser constructiva porque, además de ser mujer, es escultora y se afana por conocer exhaustivamente a sus modelos antes de copiarlos en la piedra o en el mármol. Cada día procura conocer un poco más la psicología de los animales y leer sus instintos estudiando sus movimientos.

A la escultora americana se la ha comparado a Rodin. Hay en su obra, como hemos dicho ya al referirnos a sus caballos, atisbos de impresionismo, aunque tiende generalmente al expresionismo pujante.

En sus esculturas de animales nos parece intuir una preocupación cosmológica, a veces trágica o dionisiaca, pero sin que la expresión altere su serenidad. Quizás porque nuestra escultora casi ignora el estilo barroco y se revela clasicista; ella no preste del dominio de las formas reales, pero sabe imprimirles una cierta espiritualidad llena de encanto.

Es, acaso, su barroco muy personal, al que no sacrifica nada. Ella no esquematiza las formas; probablemente piensa que la naturaleza se ocupa ya, sabiamente, de hacerlo. Las formas, para ella, son perfectas, y así desea copiarlas.

La obra de la esposa de Archer Milton Huntington posee un extraordinario valor didáctico. Es una escultura de museo; aunque quizás su obra al aire libre sea una cátedra abierta a todos, que enseña a quienes no tienen voluntad de aprender. Su obra es



«El Cid». Valencia

una enciclopedia de arte donde los capítulos más extensos se dedican a la zoología.

La artista americana consigue imprimir movimiento a sus figuras, sin que éstas obedezcan al lenguaje barroco. Cuando se intuye el hervor de formas berninesco es siempre suavizado por la elegancia clasicista. Barroco y Renacimiento mantienen inmóvil el fiel de la balanza. Hasta Ana Huntington no se podía concebir la ondulación fluctuante de las masas fuera del barroco; ella ha demostrado que no es una necesidad, sino más bien una facilidad, el usar de tal ondulación sin más ambiciones.

Su estatuaria no puede reducirse a fórmulas; son formas perfectas en movimiento. Posee la difícil técnica de saber transmitir movilidad a sus figuras en sí mismas, por sí mismas, sin forzarlas ni desencajarlas, con absoluta naturalidad, con elegancia, espontáneamente.

Cuando Ana Huntington esculpe sus *Grupos de focas* —Museo de Pennsylvania y Norton Gallery of Art—, e incluso su magnífico desnudo, una faceta distinta de la sorprendente artista, de la *Joven Diana* —en el Museo de San Diego, de la cual existen copias en Nueva York, Gloucester, en Brookgreen Gardens y en el Queens College—, las líneas en movimiento le



dan forma, le dan vida, porque la naturaleza es movimiento; ésta es una de las notas características de la escultura americana.

Diana es una divinidad mitológica que nuestra artista gusta de representar; destaca entre ellas, además de la ya citada, la *Diana cazadora* del Brookgreen Gardens, en South Caroline.

Modela pájaros que parecen volar. Citemos *El vuelo*, del Dayton Art Institute, en Ohio. Sus caballos a veces retozan; recordamos los *Potros jugando*, del Baltimore Museum of Fine Arts. De una gracia insuperable, sugeridores por sus actitudes, magníficos por sus rasgos, son los grupos *Cabras atacándose* del Metropolitan Museum de Nueva York y del Springfield Museum of Fine Arts, en los que la escultora dota a sus figuras de una animación interna que es la que da movimiento a las formas. Son todas ellas obras de un clasicismo sano.

Consigue Ana Huntington transmitir una expresión viva a ciertas bestias, como en sus series de tigres —*Tigre arrastrándose*, del Neville Public Museum; *Tigre estirándose* y *Tigre con pájaro*, de la Lehigh University, Bethlehem— y su serie de jaguares —*Jaguar devorando a un tapir* y *Jaguar sobre un monolito*, ambos en la Hispanic Society of America—, con una ráfaga de ira sobre sus caras, cada uno refleja en su rostro su verdad, sus instintos auténticamente crueles: temblorosas de placer sus fauces, desencajadas las órbitas, llameantes las pupilas. Son obras con auténtico sentido dramático.

En los animales de la escultora americana está vivo el instinto propio de cada especie. En sus monos subraya especialmente el instinto de imitación, como en su delicioso grupo *Una pareja de monos*, de la Eastman Memorial; en *Mono buscando su comida*, del Lawrence College Foundation, y *Disputa de familia*, de la State University of Iowa.

Ana Hyatt, señora Huntington, ha estudiado y nos muestra en su fabulosa producción escultórica la vida interior, el espíritu de las bestias, según la expresión de sus formas. Un animal es, y ella lo ve así, un ser perfecto porque Dios lo ha creado exactamente como debe ser, y nuestra escultora se propone captarlos en toda su verdad. No pretende efectos más o menos espectaculares, sino dar belleza a las cosas sin restarles autenticidad.

Plasma con asombroso realismo la instantánea de un cóndor monumental en pleno vuelo, dispuesto a abalanzarse sobre su inocente presa. La expresión del ave, casi rozando con sus uñas la presa, es placenteramente aviesa.

La escultora americana ha llegado muy lejos estudiando la sensibilidad humana. El horror de algunas de las expresiones logradas queda frenado por lo sublime de su lenguaje.

Sus obras son deliciosamente bellas porque nada es plásticamente más hermoso que lo que está pensado, medido y razonado. Y éste es el clasicismo de su obra; ella no practica más que la verdad desnuda

y viva por haber estudiado amorosamente la zoología, y un artista, no lo olvidemos, es el resultado del estudio en ecuación perfecta con su temperamento interpretativo.

En la obra de Ana Huntington no hay búsqueda de lo feo o lo bonito, sino el intento de apresar en la piedra fragmentos de vida más o menos poéticos, pero acariciados amorosamente con el cincel que empuña una mano maestra.

No podemos encuadrar a la escultura que estamos estudiando en ninguna escuela; no participa de ningún movimiento artístico definido. Conoce su oficio de manera plena; ha estudiado la obra de los maestros que la precedieron, pero, aunque los admira, no los copia.

Se le han señalado puntos de contacto con el clasicismo francés, pero son solamente tangenciales, por simple cuestión de gustos; no es el suyo un clasicismo puro, sino como un personalísimo renacimiento que no tiene la monumentalidad de un Miguel Angel ni la grandiosidad de un Donatello. Es, en esencia, un clasicismo más simple, de elementos equilibrados, de formas auténticas. Su genio creador se extiende sobre bases sólidas, y por ello puede permitirse, sin menoscabo de la realidad, audaces y admirables contorsiones.

Posee la ilustre escultora un genio abierto, una manera de hacer libre, pero una conciencia artística escrupulosa. Admiramos en su obra el esplendor del orden. Podríamos decir que sobre la vida real se solaza su espíritu, se agiganta su inspiración, se recrea su mente.

Las formas del imberbe *Don Quijote* —Brookgreen Gardens, South Caroline— revelan lirismo y espiritualidad, donde lo miguelangelesco y el clasicismo francés parecen haber perdido su control, pero no su elegancia ni su prestigio. Nuestra escultora posee, además de su valía artística, una admirable sagacidad y un envidiable saber.

Todo ello nos ha hecho encontrar en su escultura la variedad y la riqueza de los cambios de ejes, de las perspectivas atrevidas, de las intuiciones sutiles; en una palabra, de una técnica maestra y una rica inspiración. Es la suya una realidad geométrica, con una exactitud casi de teorema de Pitágoras. Es el suyo un genio sin ingenuidad.

Su formación escultórica es sólida porque es incansante; sin decaimientos ni descansos; durante años trabaja con entusiasmo de neófito, con la humildad de sentirse siempre aprendiz, que es la manera más segura de llegar a maestro.

Ana Huntington busca la perfección en todas sus obras y con todos los temas; lo hace con la seguridad que proporciona su hondo saber y su firme vocación. Por eso no titubea en el modelado ni acusa inquietud su trabajo.

Dedicó la parte más importante, numéricamente, de su obra al mundo animal y nos ofrece todas las representaciones, posibles e imaginarias, de cada una



de las especies, con auténtica maestría, consiguiendo la misma perfección en sus estatuas monumentales que en las pequeñas estatuillas, modeladas con un evidente gozo personal, recreándose, paladeando cada golpe de cincel.

Observando detenidamente la producción escultórica de Ana Huntington, descubrimos que los animales representados han sido elegidos teniendo muy en cuenta sus posibilidades para ser copiados en piedra, su «fotogenia escultórica» podríamos decir, fijándose mucho también en los ángulos desde los que sus posibilidades son mayores, según el personal concepto de la artista, presintiendo, y casi asegurándose de antemano, una perfecta y brillante escultura. Prefiere animales de estilizada figura, porque su forma de hacer es viva y directa. Y confesemos que no sólo sabe elegir sus modelos, sino que agota, exprime todas sus posibilidades, los estruja hasta sorber su cincel la última nota, que conmueve o que emociona; no en vano es Ana Huntington una erudita en escultura zoológica.

Pero nuestra escultora, que como artista crea vida, no se hace esclava de las formas; las capta, sí, pero las ilumina con una inteligente intuición. Enriquece su obra, además, su instinto artístico.

El dinamismo que imprime a sus figuras es evidente en *El Cid* o en la *Juana de Arco*. Magníficos logros que contrastan con otras atrevidas composiciones, grupos dislocados, explosivos, como el amasijo de curvas contrastantes en sus desfiles de potros, donde el eje de éstos aparece peligrosamente inclinado. Citemos, entre otros, sus *Potros jugando* del Baltimore Museum of Fine Arts y sus *Potros durante la tempestad* del Fitchburg Art Center.

En sus desfiles de garzas —*Garza con sus crías*, en el Isaac Delgado Museum de Nueva Orleans, y *Garza en cólera*, de la Grand Ronde Vallery Art Center, de Oregón— la elegancia se cifra especialmente en la composición en línea derecha; el primero de ellos con una sorprendente verticalidad.

¿Es Ana Huntington una escultora clásica? ¿Acaso debe ser tenida por realista? Clásica y realista es su obra, pero sin ceñirse a cánones ni estilos. Es una artista muy personal, aunque beba en el renacimiento y se humedezca los labios en el romanticismo. Sin em-

bargo, estudiando a fondo su obra, ancha y sin fronteras, como sus propios sueños; numerosa como sus aptitudes, viajera y sencillamente erudita como ella misma, nos parece descubrir que, a veces, se inspira copiando sus propias obras, intentando incesantemente superarse en ese multiforme reino animal con intensidad y variedad de movimientos. Por eso, a quien más se parece es a sí misma.

El eje de su vida no se inclinó jamás; su vocación artística la sobrepuso a todo, levantando su cincel triunfante, como hace *El Cid* que ella esculpe, con el estandarte que empuña. Mirando siempre a lo alto, como la lanza que esgrime su imberbe *Don Quijote*; pero en línea recta, como el maravilloso pedestal que esculpió para su monumento a los pescadores. En cierto modo es, además, portadora de la antorcha de la cultura —tema que goza de sus predilecciones—, por cuanto colabora con la obsesiva idea de su marido de despertar en América vocaciones hacia todo lo hispánico, alimentando la llama de su hispanofilia en la admirada y admirable Hispanic Society, que decorara con mano maestra y con su *Visión de España* un pintor valenciano, Joaquín Sorolla, del que, coincidentemente, hemos celebrado este año su cincuentenario y al que, justo es recordarlo ahora, diera mister Huntington —son palabras del doctor don Felipe María Garín y Ortiz de Taranco, a quien se debe el más completo estudio que existe sobre la magnífica colección de lienzos citada— su mejor oportunidad.

La escultora americana, recientemente fallecida, fue la primera mujer galardonada por el Gobierno español con la cruz de Alfonso XII, recompensa precursora de la de Alfonso X el Sabio de nuestros días.

\* \* \*

Lo más sobresaliente de la fabulosa producción artística de la eximia escultora son sus completísimas series de animales, de todas las especies y en todas las actitudes. Lo que más conmueve en Ana Huntington es su franciscanismo artístico, ese incesante buscar a Dios a través de sus criaturas irracionales.

MARÍA FRANCISCA OLMEDO DE CERDA